

ACTIVACIÓN RECOJO DE SABERES PREVIOS

AUTOAPRENDIZAJE N° 03

Momentos del proceso pedagógico:

Inicio. Es el momento dedicado a plantear la clase, proponer un reto, despertar el interés del grupo, dar a conocer los aprendizajes que se espera poder lograr al final del proceso y, además, recoger los saberes previos. Se explicita, si fuera el caso, la evaluación que se llevará a cabo, señalando el instrumento o la situación de evaluación elegida.

Desarrollo. Es un momento largo, donde se prevé las actividades y estrategias más pertinentes a la naturaleza del aprendizaje esperado. Se especifican las acciones tanto del docente como de los estudiantes. Las actividades consideran la diversidad existente en el aula, lo que supone diferenciar acciones o metodologías e incluso prever grupos diferentes trabajando en paralelo tareas distintas.

Cierre. Es un momento corto. Sirve para propiciar que los estudiantes saquen conclusiones de la experiencia vivida, puntualizar lo principal de la sesión: alguna idea, una técnica o procedimiento, la solución a una dificultad, etc.

Los estudiantes responden preguntas metacognitivas.

ESTRATEGIAS DE REFORZAMIENTO PEDAGÓGICO

El reforzamiento pedagógico es una estrategia de atención diferenciada que permite identificar y apoyar a los estudiantes con dificultades académicas, a fin de prevenir el fracaso y la deserción escolar. Se asume el enfoque preventivo: no se espera a que el estudiante desaprobe el año escolar para recién brindarle el apoyo que necesita. El reforzamiento pedagógico se realiza a lo largo del año escolar (marzo a diciembre) durante las sesiones de aprendizaje.

Al inicio de año en las áreas priorizadas (Comunicación, Matemáticas y Ciencia, Tecnología y Ambiente) se realiza una prueba diagnóstico para identificar el nivel académico de los estudiantes. Así, según las dificultades, ritmos y estilos de aprendizaje que presenten, así como sus aprendizajes previos, se brinda atención diferenciada.

PROCESOS PEDAGÓGICOS QUE PROMUEVEN COMPETENCIAS:

Es en el desarrollo de la sesión de aprendizaje en el aula donde se plasman los distintos procesos pedagógicos:

PROBLEMATIZACIÓN. Todos los procesos que conducen al desarrollo de competencias necesitan partir de una situación retadora, que los estudiantes sientan relevante para sus intereses, necesidades y expectativas, capaz de provocar un conflicto cognitivo en ellos. Sólo así las posibilidades de despertarles interés, curiosidad y deseo serán mayores, pues se sentirán desafiados a poner a prueba sus competencias para poder resolverla, a cruzar el umbral de sus posibilidades actuales y atreverse a llegar más lejos.

El denominado conflicto cognitivo supone una **disonancia** entre lo que los estudiantes sabían hasta ese momento y lo nuevo que se les presenta, constituyendo por eso el punto de partida para una indagación que amplíe su comprensión de la situación y le permita elaborar una respuesta. El reto o desafío supone, además, complementariamente, una provocación para poner a prueba las propias capacidades, tratándose de una situación que nos coloca en el límite de lo que sabemos y podemos hacer.

Es posible que la situación propuesta para el inicio de clases no problematice a todos por igual, pudiendo provocar ansiedad en unos y desinterés en otros. Es importante, entonces, que el docente conozca bien las características de sus estudiantes en sus contextos de vida y sus diferencias en

términos de intereses, posibilidades y límites, para poder elegir mejor qué tipo de propuestas son las que podrían ser más pertinentes a cada grupo en particular.

UBICACIÓN Y ORGANIZACIÓN. Es necesario ubicar a los estudiantes en el sentido del proceso que está por iniciarse. Esto significa dar a conocer a los alumnos los propósitos de la sesión y los aprendizajes que se espera que logren al final del camino, de modo que se involucren en él con plena consciencia de lo que tienen que conseguir como producto de su esfuerzo. Esto supone informarles también el tipo de tareas que se espera puedan cumplir durante el proceso de ejecución.

Implica asimismo describir el tipo de actividades a realizarse, a fin de poder organizarse del modo más conveniente y anticipar todo lo que se va a necesitar. Esto tiene que ver, por ejemplo, con los textos, materiales y/o recursos educativos que puedan requerirse, como videos, grabadoras, monitores, etc. pero también con los roles que se necesitará desempeñar, las reglas de juego a seguir, la forma de responder a situaciones imprevistas o emergencias, la presencia de eventuales invitados, expediciones, solicitudes de permiso, entre otras múltiples necesidades de organización y planificación, según la naturaleza de la actividad.

MOTIVACIÓN. Los procesos pedagógicos necesitan despertar y sostener el interés e identificación con el propósito de la actividad, con el tipo de proceso que conducirá a un resultado y con la clase de interacciones que se necesitará realizar con ese fin. La motivación no constituye un acto de relajación o entretenimiento que se realiza antes de empezar la clase, sino más bien el interés que la clase planteada, en su conjunto, logre despertar en los estudiantes de principio a fin. Un planteamiento motivador es el que incita a los alumnos a perseverar en la resolución del desafío con voluntad y expectativa hasta el final del proceso.

La motivación para el aprendizaje requiere, además, de un clima emocional positivo. Hay emociones que favorecen una actitud abierta y una disposición mental activa del sujeto y, por el contrario, hay otras que las interfieren o bloquean. Si los estudiantes tienen motivación para aprender, estarán más dispuestos a realizar el esfuerzo que sea necesario para lograr sus metas. Una clase con un grado de dificultad muy alto genera ansiedad, una clase con un grado de dificultad muy bajo genera aburrimiento, sólo el reto que se plantea en el límite de las posibilidades de los estudiantes –que no los sobrepasa ni subestima– genera en ellos interés, concentración y compromiso.

Algo que contribuye a sostener la motivación a lo largo del proceso es la despenalización del error, es decir, la decisión de no censurar ni sancionar a nadie por una equivocación. Fomentar la autonomía de los estudiantes para indagar y ensayar respuestas, supone necesariamente ser tolerante con los errores y convertirlas más bien en oportunidades para que ellos mismos puedan evaluar, discernir e identificar sus fallas, cotejando respuestas y discutiendo abiertamente sus avances y dificultades.

SABERES PREVIOS. Todos los estudiantes de cualquier condición social, zona geográfica, cultura o trayectoria personal tienen vivencias, conocimientos, habilidades y emociones que se han ido cimentando en su manera de ver y valorar el mundo, así como de actuar en él. Recoger estos saberes es indispensable, pues constituyen el punto de partida de cualquier aprendizaje. Lo nuevo por aprender debe empezar donde las capacidades previas del estudiante terminan, pues se trata de completar o complementar lo que ya sabe, no de ignorarlo y terminar enseñándole algo que ya conoce o domina.

La forma de identificarlos puede ser muy diversa, pero sea cual fuere la estrategia empleada carece de sentido recuperar saberes previos para después ignorarlos y aplicar un diseño de clases previamente elaborado sin considerar esta información. La función de la fase de identificación de

saberes previos no es motivacional, esa información nos es útil para tomar decisiones sobre el diseño de la clase y la planificación curricular, tanto en el plano de los aprendizajes a enfatizar como en el de la pedagogía más conveniente.

OBSERVACIÓN, ACOMPAÑAMIENTO Y RETROALIMENTACIÓN. Las actividades y experiencias previstas para la clase no provocarán aprendizajes de manera espontánea o automática, sólo por el hecho de realizarse. Es indispensable observar y acompañar a los estudiantes en su proceso de ejecución y descubrimiento, suscitando reflexión crítica, análisis de los hechos y las opciones disponibles para una decisión, diálogo y discusión con sus pares, asociaciones diversas de sucesos e ideas. Una ejecución mecánica, apresurada e irreflexiva de las actividades o muy dirigida por las continuas instrucciones del docente, no suscita aprendizajes.

Todas las secuencias didácticas previstas debieran posibilitar aprender los distintos aspectos involucrados en una determinada competencia, tanto sus capacidades principales, en todas sus implicancias, como el arte de escogerlas y combinarlas para actuar sobre una determinada situación. En ese proceso, el estudiante de manera autónoma y colaborativa deberá analizar, cotejar, relacionar y organizar información de fuentes diversas para poder construir conceptos, poner a prueba habilidades tanto de pensamiento como de acción e interacción o manipulación, poner en práctica saberes previos, cooperar y complementarse con otros, manejar conflictos o discrepancias, producir escritos, evaluar su propio desempeño.

Si el docente no observa estos aspectos y se desentiende de las actividades que ejecutan sus estudiantes, si no pone atención en lo que hacen ni lleva un registro escrito de su desenvolvimiento a lo largo del proceso, no estará en condiciones de detectar ni devolverles sus aciertos y errores ni apoyarlos en su esfuerzo por discernir y aprender. Ese proceso necesita ser gestionado, monitoreado y retroalimentado permanentemente por el docente, teniendo en cuenta las diferencias de diversa naturaleza (de aptitud, de personalidad, de estilo, de cultura, de lengua) que existen en todo salón de clase.

EVALUACIÓN. Todo proceso pedagógico debe estar atravesado por la evaluación de principio a fin, pues constituye una herramienta pedagógica indispensable. Es necesario, sin embargo, distinguir la evaluación formativa de la certificadora. La primera es una evaluación para comprobar los avances del aprendizaje. Su foco está en la reflexión sobre lo que se va aprendiendo, la confrontación entre lo que se intenta y lo que se logra, la búsqueda de nuevos caminos para avanzar hacia los aprendizajes que se buscan. Requiere prever buenos mecanismos de devolución al estudiante, que le permitan reflexionar sobre lo que está haciendo y buscar modos para mejorarlo. Es decir, una devolución descriptiva, reflexiva y orientadora, que ayude a los estudiantes a autoevaluarse, a discernir sus respuestas y la calidad de sus producciones

La evaluación certificadora, en cambio, es para dar fe del aprendizaje finalmente logrado por el estudiante. Su foco está en la constatación del aprendizaje alcanzado y certificarlo públicamente, dar fe pública de cuáles son las competencias logradas por cada estudiante. Requiere prever buenos mecanismos de valoración del trabajo del estudiante, que posibiliten un juicio válido y confiable acerca de sus logros, es decir, tareas auténticas y complejas, que le exijan la utilización de conocimientos y procedimientos determinados para resolver retos planteados en contextos plausibles en la vida real.

La observación y el registro continuo del desempeño de sus alumnos en el transcurso del proceso, es esencial para la evaluación formativa y requiere que el docente tenga claro desde el principio qué es lo que espera que ellos logren y demuestren, cuáles son los criterios que le van a permitir reconocer el desempeño esperado. Esto exige una sesión diseñada en términos de los desempeños que deben lograr los estudiantes, no en términos de «temas a tratar», así como el comunicarles previamente cuáles son dichos desempeños. Por ello, se requiere formular buenas descripciones de

los desempeños esperados, a fin de que las calificaciones puedan estar sustentadas en evidencias objetivas del progreso de los estudiantes, recolectadas a lo largo del proceso. El recojo frecuente de información acerca del progreso del aprendizaje es lo que hará que la programación cumpla con sus tres características básicas (flexible, abierta, cíclica). Este recojo es considerado por muchos un elemento clave para producir mayores logros de aprendizaje.

Los instrumentos que se presentan en las herramientas pedagógicas de esta plataforma virtual servirán como referencia para realizar el proceso de evaluación con las características explicadas anteriormente y podrán ser modificados de acuerdo a las necesidades propias de cada situación de aprendizaje.

¿QUÉ ENTENDEMOS POR CLIMA ESCOLAR?

El clima escolar es la percepción que se tiene de cómo la escuela es vivida por la comunidad escolar, cómo es su convivencia. En otras palabras, "Clima escolar" implica rastrear cómo se da la enseñanza y el aprendizaje de la convivencia ya sea en el aula, en los recreos, en el deporte, en las actuaciones u otros espacios dentro de la Jornada Escolar. Las personas adultas tienen un rol protagónico en el desarrollo del clima escolar, ya que las y los estudiantes, al estar en formación, observan e imitan los comportamientos de estos en su interrelación con otros, en los estilos de resolución de conflictos y en el manejo de la agresividad.

La evidencia internacional es clara al afirmar que el clima escolar impacta directamente en el logro de los aprendizajes. Es decir, cuando los escolares se llevan bien, suelen sacar mejores notas. En cambio, en las escuelas y aulas donde la violencia es frecuente, sus estudiantes obtienen peores notas.

Para propiciar un buen clima escolar se pueden identificar distintos componentes, entre los cuales se pueden mencionar:

- Calidad de las relaciones e interacciones entre las personas (entre todos los miembros de la comunidad educativa)
- Actividades planificadas en los diversos espacios formativos (aula, patios, bibliotecas, entre otros).
- Entorno acogedor (limpio, ordenado, decorado, en buen estado, por ejemplo).
- Normas y reglas consensuadas; además, son de conocimiento de toda la comunidad educativa.
- Espacios de participación a nivel de profesorado, estudiantes y madres y padres de familia.

¿CUÁLES SON LOS FACTORES QUE INTERVIENEN EN EL CLIMA ESCOLAR?

- El aula, como espacio físico: Los estudiantes permanecen varias horas en la IE, sobre todo dentro del aula, por ello se hace prioritario y urgente diseñarla y organizarla.

- La metodología: Proponemos a la clase participativa como una primera, pues conlleva la interacción de sus miembros de una manera constante y cooperativa (en la clase magistral, en cambio, el trabajo de las los estudiantes es pasivo y su esfuerzo se aísla en individualidades).

- Los estudiantes: Las variables personales aportan a la dinámica de la clase y por ende al clima. Esto implica que cada docente debe conocer la realidad de sus estudiantes, por ejemplo el contexto que les rodea, el tipo de familia de procedencia, sus intereses, sus tiempos de aprendizaje y sus estilos de aprendizaje.

- El docente tutor: en su doble rol de líder y de gestor.

a) Como líder: Sus características personales van a ser uno de los factores que influya en la dinámica de la clase.

b) Como gestor del aula: Es responsable del clima que se genere. Su rol es importante tanto en la relación que cree con los estudiantes, como en las relaciones entre estudiantes que se realicen

dentro de la clase.